

Miguel León-Portilla

*La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## FINAL FLORECIMIENTO DEL PENSAMIENTO NÁHUATL

Los pueblos nahuas que hicieron su entrada en el escenario del Valle de México y regiones cercanas fueron asimilando las doctrinas y creencias que eran legado de los toltecas. Innumerables procesos de aculturación, plenamente documentables, tuvieron lugar por lo menos desde los días del abandono de Tula.<sup>25</sup> Entre las consecuencias de esos procesos de contacto están las distintas formas de sincretismo que aparecieron en el pensamiento religioso de esos pueblos. Se conservó la antigua visión del mundo, pero interpretada muchas veces a la luz de nuevas ideas.

En los centros, cabezas de los señoríos que se fueron formando, comenzaron a aparecer los grupos de sacerdotes y sabios de cuyo pensamiento y doctrinas nos hablan los textos. Como en todo lo demás, también en el mundo del pensamiento hubo un periodo de asimilación y formación. Según parece hay que aguardar hasta el siglo xv para encontrar nuevas y originales formas de florecimiento. Nacen entonces distintas interpretaciones de los antiguos mitos, nuevas doctrinas e ideas.

Actuaron primero los grupos o escuelas de sacerdotes dedicados a estudiar la ciencia del calendario, las doctrinas preservadas en los códices, los discursos y las pláticas de los ancianos. A ellos correspondió la elaboración de diversas síntesis en el pensamiento religioso. Más tarde aparecen los *tlamatinime*, “los que saben algo”, que formulan preguntas y dudas y comienzan a manifestar su pensamiento valiéndose principalmente de la expresión poética. Algunos de estos *tlamatinime* eran sacerdotes, otros príncipes o gobernantes

<sup>25</sup> Nos hemos ocupado ya con relativa amplitud de este tema en el ensayo titulado “Algunos procesos de intercomunicación cultural en el México prehispánico”, publicado en el volumen I de *Homenaje a Juan Comas en su 65 aniversario*, México, 1965, p. 3-14.

y aun algunos de condición poco menos elevada, quizá meros *cui-capicque*, “forjadores de cantos”.

Entre los *tlamatinime* de Tezcoco podemos recordar a Nezahualcóyotl, y a su hijo Nezahualpilli, así como al forjador de cantos Cuacuauhtzin. Figuras prominentes de la región poblano-tlaxcalteca fueron Ayocuan Cuetzpaltzin, Xayacámach, Tochihuitzin y el sabio señor de Huexotzinco, Tecayehuatzin. De México-Tenochtitlan, por encima de otros varios que podrían mencionarse, destaca el gran reformador Tlacaélel, quien, dando un sesgo distinto a la antigua tradición, echó los cimientos del misticismo guerrero de los aztecas.

En los primeros capítulos de este libro hemos tratado más bien del pensamiento que fue patrimonio en común de las escuelas y grupos de sabios. Sólo ocasionalmente nos ocupamos de las ideas propias de algunos *tlamatinime* en particular. De Nezahualcóyotl se han mencionado sus preocupaciones acerca de la fugacidad de lo que existe y sus ideas en relación con *Tloque Nahuaque*, el Dueño del cerca y del junto. Analizamos también las distintas actitudes de algunos *tlamatinime* frente al problema de la supervivencia después de la muerte. Con más detenimiento expusimos finalmente el meollo del pensamiento de Tlacaélel, principal forjador de la nueva actitud místico-militarista.

Somos conscientes de que hace falta un estudio amplio y directo de los textos que, con fundamento crítico, pueden atribuirse a cada uno de los principales *tlamatinime* de los siglos XV y XVI. Así podrán conocerse también, además de las doctrinas elaboradas por las escuelas de sabios y sacerdotes, las actitudes e ideas propias de los distintos pensadores. La radical diferencia —en algunos aspectos, casi antagonismo— prevalente entre el pensamiento de flor y canto y el misticismo guerrero de Tlacaélel, como se ha mostrado en este libro, anticipa algo de lo que fue la variedad de posturas dentro del mundo náhuatl prehispánico.

Como esperamos ocuparnos en otra ocasión con la amplitud requerida del pensamiento particular de varios de los *tlamatinime*, concluiremos este capítulo recordando, por vía de ejemplo, un testimonio que confirma esta variedad de opiniones y actitudes en el México antiguo. Nos referimos al diálogo que tuvo lugar en el palacio

de Tecayehuatzin, señor de Huexotzinco, probablemente hacia las postrimerías del siglo xv.<sup>26</sup>

Varios son los textos que con fundamento pueden atribuirse a Tecayehuatzin. A través de ellos puede conocerse su preocupación principal: la de encontrar la forma de pensar y decir “palabras verdaderas”, capaces de dar raíz al hombre en la tierra. Conocedor de las posibilidades de expresión abiertas al hombre, elaboró Tecayehuatzin su propia versión acerca del significado, alcances y origen de “flor y canto”. Como el resto de los *tlamatinime*, sabía él que “flor y canto” es expresión que connota el mundo del arte y del símbolo. Sin escapar de la duda, Tecayehuatzin quiso confrontar su pensamiento con otras posibles respuestas. Para esto nada mejor que escuchar las palabras de quienes se referían también con frecuencia a “flor y canto”. El manuscrito de *Cantares mexicanos*, de la Biblioteca Nacional de México, incluye el diálogo, real o imaginario, que tuvo lugar en Huexotzinco, y en el que aparecen como participantes Tecayehuatzin y varios *tlamatinime*, amigos suyos. En el diálogo se expresan, en un lenguaje literario, las diversas opiniones de los sabios prehispánicos que participan en él, acerca de la poesía, el arte y el símbolo: “flor y canto”.

La conversación se inicia con una salutación de Tecayehuatzin, seguida de un elogio de “flor y canto”. Tecayehuatzin se pregunta luego si “flor y canto” es tal vez lo único verdadero, lo que puede dar raíz al hombre en la tierra:

¿Es esto quizás lo único verdadero en la tierra...?  
Sólo con flores circundo a los nobles,  
con mis cantos los reúno  
en el lugar de los atabales.  
Aquí en Huexotzinco he convocado a esta reunión.  
Yo, el señor Tecayehuatzin,  
he reunido a los príncipes:

<sup>26</sup> Ya antes nos hemos ocupado ampliamente de este texto, designado como “diálogo de flor y canto”. Véase *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, por Miguel León-Portilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, p. 126-137. Por ello ofrecemos aquí tan sólo los que nos parecen ser momentos culminantes de este diálogo con la finalidad precisa de destacar algunas de las diferentes actitudes de los sabios prehispánicos.

pedras preciosas, plumajes de quetzal.  
Sólo con flores circundo a los nobles.<sup>27</sup>

A Tecayehuatzin interesa además conocer el origen de “flor y canto”. Quiere saber si es posible encontrar flores y cantos con raíz o si tal vez es destino del hombre emprender búsquedas sin término, pensar que ha hallado lo que anhela y al fin tener que marcharse, dejando aquí sólo el recuerdo de su vida fugaz.

Las preguntas de Tecayehuatzin reciben muy distintas respuestas. Una a una, los varios invitados las van formulando. El primero en hablar es Ayocuan Cuetzpaltzin, señor de Tecamachalco, a quien conocemos por otros varios textos, entre ellos uno particularmente interesante, que nos lo pinta repitiendo por todas partes las siguientes palabras:

¡Que permanezca la tierra!  
¡Que estén en pie los montes!  
Así venía hablando Ayocuan Cuetzpaltzin  
en Tlaxcala, en Huexotzinco.  
En vano se reparten olorosas flores de cacao...  
¡Que permanezca la tierra!<sup>28</sup>

La respuesta de Ayocuan en el diálogo se refiere al origen y posible permanencia de “flor y canto”. Para él arte y símbolo son un don de los dioses. Y es posible también que flores y cantos sean al menos un recuerdo del hombre en la tierra:

Del interior del cielo vienen  
las bellas flores, los bellos cantos.  
Los afea nuestro anhelo,  
nuestra inventiva los echa a perder...  
¿He de irme como las flores que perecieron?  
¿Nada quedará de mi fama aquí en la tierra?  
Al menos mis flores, al menos mis cantos.  
Aquí en la tierra es la región del momento fugaz.  
¿También es así en *Quenonamican*,

<sup>27</sup> Ms. *Cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, f. 9v; AP I, 98.

<sup>28</sup> *Ibid.*, f. 14v; AP I, 99.

el lugar donde de algún modo se vive?  
¿Hay allá alegría, hay amistad?  
¿O sólo aquí en la tierra  
hemos venido a conocer nuestros rostros?<sup>29</sup>

Por su parte, Aquiauhtzin, sabio de Ayapanco, da al arte y al símbolo un sentido distinto. Para él flores y cantos son la forma de invocar al supremo Dador de la vida. Éste tal vez se hace presente a través del mundo del símbolo. Puede decirse que lo buscamos como quien, entre las flores, va en pos de un amigo.

Con un pensamiento más hondo, otro de los participantes, Cuauhtencoztli, responde con la expresión de su duda sobre la verdad de “flor y canto”, porque duda asimismo acerca de la posible raíz que pueda tener el hombre en la tierra:

Yo, Cuauhtencoztli —exclama—, aquí estoy sufriendo...  
¿Tienen verdad, raíz, los hombres?  
¿Mañana tendrá todavía raíz y verdad nuestro canto?  
¿Qué está por ventura en pie?  
¿Qué es lo que viene a salir bien?  
Aquí vivimos, aquí estamos,  
pero somos indigentes,  
ioh amigos nuestros!<sup>30</sup>

A Cuauhtencoztli le responden el mismo Tecayehuatzin y otro *tlamatini* amigo. Con sus palabras quieren disipar lo que consideran actitud pesimista. Flores y cantos son lo único que puede ahuyentar la tristeza; son riqueza y alegría de los hombres en la tierra.

El diálogo acerca del arte y el símbolo, descritos ya como don de los dioses, posible recuerdo del hombre en la tierra, camino para encontrar a la divinidad y riqueza de los humanos, toma luego un sesgo distinto. Un nuevo participante, Xayacámach, afirma que “flor y canto” son, al igual que los hongos alucinantes, el medio mejor para embriagar los corazones y olvidarse aquí de la tristeza. Cuando en las reuniones sagradas se consumen los hongos, uno mira visiones maravillosas, formas evanescentes de diversos colores, todo más

<sup>29</sup> *Ibid.*, f. 10r; AP I, 100.

<sup>30</sup> *Ibid.*, f. 10v; AP I, 101.

real que la realidad misma. Pero, después, ese mundo fantástico se desvanece como un sueño, deja al hombre cansado y no existe más. Para Xayacámach esto es el arte y el símbolo, las flores y los cantos:

Las flores que trastornan a la gente,  
las flores que hacen girar los corazones  
han venido a esparcirse.  
Han venido a hacer llover  
guirnaldas de flores,  
flores que embriagan.  
¿Quién está sobre la estera de flores?  
Ciertamente aquí es tu casa:  
en medio de las pinturas, habla Xayacámach...<sup>31</sup>

Otras varias opiniones se formulan acerca del mismo tema. Alguien dice que sólo recoge flores para techar con ellas su cabaña, junto a la casa de las pinturas. El diálogo se acerca a su fin. Poco antes de terminar, el mismo huésped de la reunión, el señor Tecayehuatzin, vuelve a tomar la palabra. Su corazón sigue abierto a la duda. Su propósito sigue siendo saber si “flor y canto” es tal vez la única manera de decir palabras verdaderas en la tierra. Muy distintas han sido las respuestas que se han ofrecido. Está seguro, no obstante, de que, al expresar como conclusión del diálogo una última idea, con ella estarán todos de acuerdo: “flor y canto” es, al menos, lo que hace posible nuestra amistad. Oigamos sus palabras:

Ahora, ¡oh, amigos!,  
escuchad el sueño de una palabra:  
cada primavera nos hace vivir,  
la dorada mazorca nos refrigera,  
la mazorca rojiza se nos torna en collar.  
¡Sabemos al menos que son verdaderos  
los corazones de nuestros amigos!<sup>32</sup>

Tal vez no sea exagerado decir que las palabras de Tecayehuatzin y los otros *tlamatinime* implican en el fondo atisbos desde los más

<sup>31</sup> *Ibid.*, f. 11r; AP I, 102.

<sup>32</sup> *Ibid.*, f. 11v; AP I, 103.

variados puntos de vista, dirigidos a comprender el mundo maravilloso de su propio arte prehispánico. En otro sentido, son también, como lo dejó dicho Tecayehuatzin, “el sueño de una palabra”, el afán de pronunciar en la tierra la misteriosa respuesta capaz de dar raíz a rostros y corazones.

Si nos fuera posible presentar aquí en forma mucho más amplia las elaboraciones a que llegaron por el camino de “flor y canto” varios de los *tlamatinime* mencionados y otros más cuyo pensamiento puede también estudiarse, lograríamos tal vez una imagen mucho más cabal de la riqueza y profundidad de lo que llamamos filosofía náhuatl prehispánica. Entre los muchos textos que cabría aducir, están las incontables meditaciones acerca del hombre y acerca de la muerte; acerca de los rostros humanos y *Tloque Nahuaque*, el Dueño de la cercanía y la proximidad, que es como la noche y el viento; sobre el tema de “lo asimilable” (lo que conviene) y “lo que sigue el camino recto” (lo que está completo), norma de acción que da sabiduría a los rostros y firmeza a los corazones. Baste con decir que se conservan centenares de textos, no publicados aún, entre ellos las varias colecciones de *huehuehtlahtolli*, “discursos de los ancianos”, en los que quedó expuesta la antigua sabiduría de origen tolteca, repensada más tarde por los sacerdotes y los *tlamatinime*.

Lo que aquí hemos presentado es una muestra de la variedad de ideas y doctrinas a las que hay que acercarse para aprehender lo más característico del pensamiento náhuatl. En nuestro estudio del problema de los orígenes y evolución de este pensamiento quedan aún muchos puntos por resolver. Hemos afirmado, y ahora lo repetimos, que, sobre todo respecto de las etapas más antiguas, sólo hemos logrado formular hipótesis. Pero, a pesar de esto, podemos sacar una conclusión.

El pensamiento náhuatl, que conocemos principalmente a través de los textos que nos hablan de su florecimiento en los siglos XV y XVI, es consecuencia de una muy larga evolución cultural. De una manera o de otra ese pensamiento es heredero de lo que mucho antes elaboraron los toltecas, los teotihuacanos y aun los más antiguos inventores del calendario, los creadores de lo que con verosimilitud se ha designado como “cultura madre”. Al tomar conciencia de que en él parecen resumirse y recrearse por lo menos dos milenios





de actividad intelectual se vuelve más fácil explicar y comprender su extraordinaria riqueza.

En ningún campo, pero menos en el orden de las ideas, puede darse la generación espontánea. La visión del mundo, las dudas y las doctrinas de los *tlamatinime* fueron posibles porque desde tiempos muy anteriores hubo en el México antiguo hombres empeñados en conocer el movimiento de los astros, la marcha del tiempo, el enigma de la divinidad y el destino del hombre sobre la tierra. Posiblemente otros hallazgos e investigaciones en el campo de la arqueología y en el de los códices y textos indígenas arrojarán nueva luz y permitirán esclarecer mejor este largo proceso de evolución de las ideas en el contexto cultural del México antiguo.